

COLECCIÓN TALLER

Nació de la aspiración de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de acercar las letras a muy distintos grupos, a áreas no siempre asociadas con los libros o los trabajos literarios. Al extender sus límites, hacemos que el calor de la literatura roce a más personas. Esta expansión se ha dado a través de talleres y esta colección aloja los textos que surgen de ellos. Quienes asisten a los talleres no son, necesariamente, profesionales de la lectura o la escritura, pero tienen algo importante que contar. Es por eso que trabajamos para que cada libro difunda el trabajo colectivo de tutores y alumnos de una manera bien planeada, cuidada, editada y diseñada para llegar a quienes desean leer algo distinto.

En este segundo taller organizado por Literatura UNAM y la UNAM-Chicago, las asistentes sabían que sus experiencias como mujeres migrantes —o como hijas de migrantes— no podían quedarse en silencio. En sus textos —que ahora se compilan en este libro—, las autoras transforman recuerdos en imágenes, vivencias en estructuras, heridas y alegrías en relatos que cruzan dos territorios, dos lenguas, dos formas de reinventar el yo. Aquí se habla de infancias y adolescencias, viajes y asentamientos, familia y amistad, estudios y trabajo, y de lo que significa ser hija, hermana, madre, esposa... en el vasto y complejo mapa de la migración. Esta antología es un acto de memoria colectiva y de resistencia que nos recuerda que contar es resistir, y escuchar es habitar la experiencia del otro.

Sylvia Aguilar Zéleny
Compiladora

CLAUDIA CASTILLO • GABRIELA LAVALLE • SUSANA SALGADO ORTIZ • MARÍA DE LA LUZ MÁRQUEZ ANTONIO • HEATHER ANA HATHAWAY MIRANDA • ROCÍO EDITH SANTOS APARICIO • CAROLINA A. HERRERA • EDNA JACKELINE VÁZQUEZ NUÑEZ • LUCÍA MIER Y TERÁN ROMERO • ADRIANA PEGUERO CEJA • JUANA SANTIAGO • MARÍA TRINIDAD GONZÁLEZ



Nadie es ilegal

Mexicanas en Chicago



Sylvia Aguilar Zéleny

Es profesora asistente en la maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Texas en El Paso, Texas. Se especializa en ficción, no ficción y pedagogía. En 2021 coordinó el Laboratorio de Escrituras Disidentes para el Museo Universitario del Chopo, y en 2023, el primer taller *Narrar lo propio* de la UNAM. Ha impartido diversos talleres de creación y pedagogía en Estados Unidos, México, España, Chile y Colombia. Es autora de los libros *The Everything I Have Lost* (2019), *El Libro de Aisha* (2020), *Basura* (2024), *Nenitas* (2025) y *Una falsa diarista* (2025), entre otros.



Laberinto de espejos

Lucía Mier y Terán Romero

Migrar. Todo aquel que lo ha hecho lo sabe: significa no pertenecer a ninguna parte. Dejar de sentirse en casa donde alguna vez lo fue, con quien alguna vez lo fue, en rutinas y momentos que alguna vez habitamos sin siquiera notarlo. La gente cambia sin nosotros, los lugares se desgastan sin nosotros y el tiempo pasa sin nosotros.

Se habla mucho del duelo que migrar conlleva para quienes lo dejan todo sin así quererlo, por necesidad o urgencia. Sin embargo, existe otro fenómeno del que poco se habla: el desdoblamiento de las vidas paralelas que no fueron ni serán, las múltiples posibilidades truncadas en espacio y tiempo que nos persiguen como espejos cuando regresamos a esos sitios que alguna vez habitamos en la cotidianidad para luego abandonarlos.

Visitar estos lugares resulta a veces como un viaje al pasado —porque ellos y nosotros hemos cambiado—, pero no del todo; visitarlos con tu descendencia desencadena también el pensamiento sobre el futuro, pero un futuro que no será.

Mi encuentro con Chicago ocurrió a los cinco años; mi padre realizaba un año sabático en la Universidad de Minnesota y ese verano visitamos Chicago.

En ese entonces, lejos estaba yo de saber que pasaría mi vida adulta aquí. A veces me gusta pensar que esa visita definió de alguna manera mi futuro. ¿Un espejo en el tiempo?

Recuerdo poco de ese viaje, y es probablemente gracias a las fotos y los recuentos de mi familia que recuerdo los enormes puentes metálicos levadizos del centro dejando pasar barcos, cuando aún circulaban por el río. Recuerdo haber brincado en la cama del hotel mientras miraba los rascacielos por la ventana, aunque probablemente mis padres dirían que eso nunca ocurrió porque jamás me permitieron brincar en las camas, pero yo recuerdo muy bien la sensación de querer brincar tan alto como los edificios a nuestro alrededor.

Recuerdo también el peluche de una ballena asesina que me regalaron por mi cumpleaños, supongo que de nuestra visita al acuario. De eso no me acuerdo. La ballena vivió muchos años en mi librero en el Distrito Federal, hoy Ciudad de México, pero actualmente se desconoce su paradero.

Es diciembre de 2024. Visito México con mi esposo y mis hijos. Vemos a familiares y amigos, visitamos lugares en los que vivimos muchas experiencias juntos; esta vez traemos dos pequeñas porciones de futuro. Dos porciones de nuestro presente que en territorio de nuestro pasado se convierten en futuro: nuestros hijos.

Disfruto verlos jugar y correr con sus primos, gozar de la complicidad que se tiene con los primos. El *spanglish* de Mateo nos divierte y nos asombra, afortunadamente casi todos ahí lo entienden. “Pushéame más fuerte” o “*I was* caminando...”. Duele saber que esto es sólo por unos días, que pronto diremos hasta pronto, aunque para la mente de un niño pequeño un año signifique casi un adiós.

No puedo evitar imaginar cómo sería su vida, nuestras vidas, allí. ¿Serían otros? ¿Nuestra crianza sería la misma? ¿Diferentes cómo? Es duro darse cuenta de que muchas personas que fueron y son muy queridas no lo serán para mis hijos; el espacio y el tiempo los separan. Mis recuerdos serán meros relatos sin referentes reales para ellos.

La migración en mi familia es algo común, nada nuevo. A mi madre la obligaron a dejar Culiacán, Sinaloa, a los 19 años para vivir en la Ciudad de México después de la muerte inesperada de mi abuelo. “Me trasplantaron”, ha dicho siempre, con nostalgia por las amigas y los lugares que dejó en esa etapa crucial de su juventud.

Sus antepasados de varios siglos atrás debieron dejar su país por creencias religiosas. Uno de mis bisabuelos paternos pasó la vida huyendo de guerras: España colonizadora en Marruecos, Cuba independentista, México revolucionario, de regreso a España, guerra civil, de vuelta a México. La guerra empujando gente, los traumas generacionales, las costumbres y los hábitos que implican. Tristemente nada nuevo en la historia de la humanidad.

Chicago es el lugar donde inicié realmente mi vida adulta. Llegué casada, con mi pareja de muchos años, a emprender una aventura que según nosotros duraría dos años. Llevamos 12 aquí.

Compramos algunos muebles baratos —sólo iban a ser dos años y no valía la pena gastar mucho, por supuesto—: un colchón que nos daría dolores de espalda por siete años y pocas cosas imprescindibles para cocinar y sobrevivir.

Conocimos a otros que también estarían aquí poco tiempo. Muchos partieron y nos han dejado plantas, cubiertos, tazas, muebles hechos a mano por ellos mismos, películas, recuerdos, amistades, historias y muchas cosas más que han construido nuestro hogar: un rompecabezas de vidas incompletas y pasajeras por Chicago. Aquí se las guardamos por si nos volvemos a cruzar.

A veces trato de recordar, sin mucho éxito, lo que imaginaba para mí misma de pequeña. El futuro tratando de alcanzar al pasado. Como adulta, resulta sumamente difícil comprender lo que puede pensar una niña de ocho o nueve años cuya realidad es aún flexible, cuando las posibilidades son infinitas, antes de que la vida misma las haga rígidas y las decisiones tomadas nos hagan andar por caminos inimaginables.

Migrar me ha permitido reinventarme, soltar preconcepciones propias y ataduras que quizás habrían sido más difíciles de cortar si hubiera permanecido en el mismo lugar. Otro espejo.

Vivir en otra cultura nos da la oportunidad de vernos reflejados en otros y nos lleva a una conciencia y una reflexión más profundas sobre la otredad y sobre cómo y por qué actuamos de ciertas formas. Nos permite apreciar más algunos aspectos de nuestra cultura y al mismo tiempo adoptar otros que nos parecen mejores. El impacto para mí ha sido enorme.

Vivir en una comunidad tan diversa y con tantos matices, como la que tiene Chicago, me ha ayudado a ampliar muchísimo mis horizontes. Regresar a México como la persona que soy hoy es a veces complicado. Ciertas ideas y costumbres que antes tenía normalizadas me resultan hoy difíciles de aceptar y digerir. ¿De qué otras formas yo habría crecido y cambiado de haber permanecido en México?

Sin duda, el clima de Chicago durante la mitad del año no es uno que invite demasiado a nada. Hace un par de años finalmente dejé de decir que “no soy de aquí”, que “este frío no es normal”. ¿Cuántos años tienen que pasar para que algo se nos haga normal y dejemos de añorar el espejo que dejamos?

En febrero de 2012, después de titularme de la UNAM, alcancé a mi pareja en California, donde realizaba un posgrado. Con visa de turista, sin poder hacer mucho profesionalmente, iba a pasar unos meses ahí, acompañándolo, para después regresar a México y continuar con nuestras vidas. Pronto surgió la oportunidad de ir a Chicago a pasar un par de años y entonces decidí hacer un posgrado también. Otra visa para la colección, y otra después.

Coleccioné un montón de letras y números que me clasificaban como diferentes tipos de *alien*. Hubo temporadas largas en las que me vi en la dificultad de no poder trabajar, una tragedia para alguien como yo. Encontré alivio al tomar clases de teatro y música, al hacer voluntariados y al conocer

gente que poco a poco daba sentido a mi vida aquí. Para aliviar mi frustración, bromeaba diciendo que me había convertido en una tetera, por aquella cancioncita infantil: *I'm a little teapot*.

Confrontada con mi nueva identidad de mujer casada, pronto noté las expectativas y los cambios de actitud de muchas personas hacia mí en México. Desgraciadamente, la música y las artes siguen sin ser consideradas profesiones “reales” para mucha gente, así que era claro que, para algunos, mi papel ahora era otro.

Alejarme de eso fue liberador. Aunque suene duro, tener la libertad de elegir casi por completo a las personas de las cuales rodearme es una de las cosas que más he valorado acá. A veces hay que saber saltar... sobre todo si se trata de vidas que no serán.

Me concentro en las vidas que sí serán: Mateo y Teresa serán nuestros maestros en el arte de crecer entre dos culturas (o más), de descifrar el mundo desde el inicio con dos perspectivas distintas, algo que —a diferencia de nosotros— ellos navegarán sin notarlo hasta que en la edad adulta comiencen a mirarse en sus propios espejos y comprendan que, inevitablemente, cargan con nuestros espejos, que a veces pesan y otras nos ayudan a vivir y comprender el presente.